

PERPETUIDAD

DE LAS IMÁGENES-RECUERDOS

Sumario.—Una queja y una paradoja.—Lo que es una sensación y una imagen.—El acto de la memoria.—Razón *a priori* de la perpetuidad de los recuerdos.—Razones *a posteriori*: el hombre sano y despierto.—Hipermnasias de los ahogados y moribundos.—Juegos de la memoria onírica: apariciones.—Ensueños intelectuales.—¡Todos soñamos!—Ensueños de ensueños.

¿No ha caído nunca el lector en la tentación de quejarse de su *mala*, de su *poca memoria*? Pues bien, voy a demostrarle, si no lo ha de llevar a mal, que se ha quejado sin razón: que su memoria no es sino mucha y buena, y que si alguna falta ha habido en sus servicios, la culpa no es de ella sino de nosotros, que no sabemos aprovecharnos de sus recónditas riquezas. Ciertamente que tales quejas son las más de las veces el cendal de una finísima hipocresía: no son la expresión del pesar de no tener memoria, sino una manera velada de alabanza propia; pues creemos que pasando por de poca memoria, nuestro saber ha de ser atribuido al talento. ¿No llevamos a mal que para apreciar nuestros méritos literarios o científicos, se diga que somos hombres *de mucha memoria*? Y es que tenemos muy mala opinión de esta pobre facultad. Por eso confesamos sin sonrojo que no tenemos memoria, ¡jamás, ni aun por vía de queja, que no tenemos entendimiento! Algunos, entre los cuales descuellan ciertos modernos ultra-pedagogos, llegan aun a despreciarla positivamente; para los cuales no habría más acomodado castigo que robarles, hasta que se arrepintieran, este preciosísimo tesoro. Porque ¿qué sería un hombre sin memoria alguna? Apenas se puede concebir. Un individuo que, como la sonámbula del doctor Philips, se olvidara de la primera sílaba al articular la segunda, sería una máquina inútil, un ente inferior a la famosa estatua de Condillac, un archi-idiota estupendo, un *bebé* que sólo chilla cuando le empujan el resorte. Al contrario un hombre que recordara *todo* lo que una vez hubiese sabido, aunque no

tuviera más que un talento mediano, sería un Potosí de ciencia, un Salomón del Nuevo Testamento (1).

Una memoria tan privilegiada parece, claro está, absolutamente imposible. Pero pregunto yo: ¿y por qué? ¿Qué razón se puede aducir *a priori* que pruebe esta imposibilidad absoluta? *A priori*—se dirá—tal vez no la hay, pero ¿a qué buscar otras cuando las pruebas *a posteriori* son tan evidentes?

Sin embargo esto es cabalmente lo que pretendo demostrar que la experiencia nos prueba—o por lo menos nos infunde una vehemente sospecha—que *nada olvidamos de lo que una vez hemos sabido*. Ruego al lector que no se ría de esta paradoja ni piense que tratamos de divertirnos a su costa. Si tiene paciencia para leernos hasta el cabo, verá que no soñamos, sino que defendemos una verdad por lo menos muy probable. «La promesa—como a otro propósito dijo el orador griego (2) es hasta tal extremo grande; mas los hechos me sacarán airoso del empeño: vosotros, lectores, seréis los jueces.»

Ante todo conviene que tengamos idea clara de lo que es el *acto de la memoria*, la acción de recordar. Pregunto a un desconocido cómo se llama, y me responde: *Arturo*. ¿Qué pasa al ser pronunciada esa palabra? Las ondas sonoras formadas por la emisión de aquella voz, obrando como un estímulo, hieren mi órgano auditivo y producen en él una modificación físico-química, a consecuencia de la cual el órgano reacciona con una *excitación nerviosa*. Esta modificación viene a ser como una imagen del estímulo, puesto que siendo su efecto hásele de parecer (3). ¿Es esta imagen ya la sensación del

(1) A este propósito escribió nuestro Hervás: «Figurémonos que un hombre está en el centro de un caos o de la nada: este hombre nada verá, oír, ni le será sensible ningún objeto. Así el espíritu, si le faltara totalmente la memoria, nada sabría, ni en nada pensaría ni sabría pensar sino era la actualidad de sí mismo; por lo que Platón en el diálogo sobre el alma, intitulado *Fedo*, dijo bien: «que nuestra ciencia no es otra cosa que la memoria», el hombre que de nada se acuerda, nada sabe». (*El hombre físico*, trat. V, cap. III.)

(2) En su famoso discurso «de la Corona».

(3) Esta semejanza no es entitativa o del orden físico, como es evidente, contra el grosero error de Empédocles, el cual, partiendo del principio verdadero: «lo semejante se conoce por su semejante», creyó que el alma se componía de elementos materiales, puesto que puede conocer lo material. Es, pues, esta semejanza del orden intencional o representativo; y no es necesario que sea *formal*, es decir, a la manera que una pintura o una estatua es semejante a la persona que representa; sino basta que sea *virtual o efectiva*, esto es, que tenga la virtud de producir una semejanza formal y actual, cual es la sensación, a la manera que una semilla puede producir un árbol. Aristóteles expresó

sonido? Es solamente el germen de la sensación, con el cual fecundado el compuesto sensitivo, esto es el órgano informado por el alma, produce la sensación, o sea, el *conocimiento sensible* del sonido *Arturo*. Para mayor simplicidad circunscribámonos a este conocimiento sensible, prescindiendo del intelectual cuya génesis es algo más espinosa de explicar. Baste saber que también el entendimiento necesita de la imagen impresa, ya sea esta misma, ya otra espiritual y universal, producida por el entendimiento con ayuda de la imaginación.

Vemos por consiguiente que para tener una sensación, o para conocer sensiblemente un objeto son necesarias dos cosas: 1.^a imagen del objeto impresa en el órgano animado; 2.^a fecundación del órgano por esta imagen. ¿En qué consiste esta fecundación? Es un misterio, como lo es la sensación misma, mas para entendernos nos la podemos *imaginar* como un contacto, o mejor como una mirada espontánea que da el alma a la imagen impresa en el órgano que ella informa (1).

Ahora bien; como recordar—reduciendo la memoria a su mínima expresión (2)—no es más que conocer *ahora* en ausencia del objeto,

genialmente esta idea cuando escribió que el sentido recibe las formas sensibles *sin materia*, como la cera recibe la señal del anillo sin recibir el hierro ni el oro. (Lib. II *Del alma*, Cap. XII.)

(1) Es menester declarar lo que acabamos de decir. La imagen impresa no es *lo que* primero y directamente conoce la potencia cognoscitiva; ni es aquello *en que*, como en un espejo, ve el objeto, sino es aquello *con lo que* conoce *directa e inmediatamente* el objeto mismo. Además, como ha poco hemos dicho, el órgano animado es el que siente, no el alma sola, como lo pretendía Descartes, según el cual la sensación no es otra cosa que una lectura que hace el alma de la impresión recibida en el órgano. De igual modo piensan muchos psicólogos modernos: «Notre corps est—escribe Bergson—un instrument d'action seulement. A aucun degré, en aucun sens, sous aucun aspect il ne sert à préparer, encor moins à expliquer une représentation». (*Matière et mémoire*, 1908, p. 251). Téngase esto muy en cuenta para cuando usemos un lenguaje menos preciso en este particular. *Mirada del alma* es una expresión gráfica y *cómoda* con la que queremos simplemente significar de alguna manera, no la sensación precisamente, sino aquello que confesamos no saber: la fecundación de la potencia orgánica por la imagen impresa del objeto. No somos, pues, cartesianos ni antiguos ni modernos.

(2) El proceso entero de la memoria, con todos sus caracteres, es el siguiente: 1.^o fijación de las impresiones o imágenes; 2.^o conservación; 3.^o asociación u organización; 4.^o reproducción o reviviscencia, en ausencia del excitante externo; 5.^o reconocimiento, proceso psicológico por el cual conocemos que un hecho actual de conciencia formó ya anteriormente parte de nuestra experiencia; 6.^o localización en el tiempo pasado; 7.^o desacuerdo con el yo presente y actual. (Por este carácter el recuerdo se opone al hábito.) Los procesos 4.^o, 5.^o y 6.^o constituyen formalmente la memoria, incluyendo la intelectual.

lo que *antes* conocí en presencia del mismo, resulta que también para el acto de la memoria se necesita: la imagen impresa del objeto y la fecundación o mirada del alma. Pero esta imagen impresa que se requiere para el acto de la memoria, ¿es la misma que se necesita para la sensación? Antes de contestar fijemos brevemente la atención en lo que sucede cuando recordamos. Dirijo la mirada a un manzano, y le *veo sensiblemente*, tengo una sensación visual del manzano. Después, cerrando los ojos, quiero recordar el manzano, y más o menos exacta, más o menos viva, se me dibuja interiormente la figura del árbol, le *veo imaginariamente*, tengo la *imagen del manzano*. De modo que recordar un objeto es, esencialmente, representarnos interiormente la *imagen* de dicho objeto. Por donde la recordación o imaginación de un objeto viene a ser *como* una sensación, ya aquella imagen se distinga de la sensación, como lo intenso de lo débil, según quieren unos, ya esa distinción sea cualitativa, como quieren otros. Esto supuesto contestemos a la pregunta propuesta. La imagen impresa del objeto, necesaria para la sensación, es la excitación nerviosa producida por el estímulo externo, por consiguiente suprimido el estímulo, ha de cesar también la excitación: cuando yo cierro los ojos deja mi retina de ser excitada por los rayos luminosos que venían del manzano, o lo que es lo mismo, deja el manzano de grabar, o imprimir, por medio de la luz, su imagen en mi potencia visiva. Pero esa imagen desaparece completamente? No, deja, no nos importa dónde (1), una como copia esbozada de sí misma, una huella, un residuo, algo que no sabemos lo que es (2), pero de cuya existencia

(1) «Se saben pocas cosas, desde el punto de vista anatómico, acerca de la memoria y de la imaginación.» (Peillaube, *Les images*, p. 448). Véase con todo un importante artículo en *Razón y Fe*, XXXI, 358 y sig. «Quand une impression extérieure arrive, elle ne retient pas seulement dans des couches optiques, grand chemin de passage qui ne saurait rien conserver. Nous avons vu que par la couronne rayonnante elle parvient jusqu'à l'écorce grise du cerveau, où elle trouve des ramifications qui lui permettent d'influer sur les organes moteurs. Là sont des retraites plus calmes, moins souvent visitées par des courants étrangers, où les impressions peuvent se fixer se conserver.» (Domet de Vorges, *Le sens et l'intelligence*, pág. 66.)

(2) En todo caso no hay que imaginarse el residuo mnésico como una imagen microscópica del objeto, o como un diminuto clisé, puesto que tampoco lo es la imagen impresa. Demócrito y Epicuro sostuvieron la hipótesis de que los cuerpos proyectaban ciertas tenuísimas imágenes, las cuales deslizándose en el alma por las puertas de los sentidos, daban origen al conocimiento. Probablemente la huella mnésica no es más que una *disposición funcional*, una aptitud de la neurona, de la fibra, del nervio a experimentar la

no podemos dudar, puesto que de lo contrario sería imposible todo recuerdo. Este residuo, esta *huella mnésica* (*meneme* = *memoria*) es lo que fecunda el *sentido interno* o la imaginación para producir la *imagen* interior del objeto, percibido antes por el *sentido externo* en la *sensación*. De manera que lo que es la imagen impresa para el sentido interno, en orden a producir la sensación, eso mismo es la *huella mnésica* para el sentido interno, en orden a la imagen. Mas como la huella mnésica es el residuo de la imagen impresa, o su efecto (1), y es además el germen de la imagen del recuerdo, de ahí que también se la llame imagen impresa, o imagen-recuerdo, o imagen simplemente. Así es que para evitar confusión en las ideas conviene que tengamos presente que el nombre de imagen se aplica: 1.º A la excitación producida por el estímulo externo *imagen impresa*; 2.º al recuerdo mismo que podemos llamar *imagen expresa*, porque realmente expresa, pinta el objeto; 3.º a la huella mnésica, que llamaremos imagen rememorativa o *imagen recuerdo*. Adviértase además que este nombre conviene no sólo a las representaciones *visuales* internas y a los residuos mnésicos de las sensaciones así mismo visuales, sino a todas las representaciones internas, y a los residuos de todas las sensaciones. Es decir, que hay imágenes visuales, auditivas, olfativas y táctiles. Sobre lo que todavía disputan los psicólogos es sobre la existencia de *imágenes afectivas* (2).

Redondeando, pues, el estado de la cuestión, tenemos que para el acto de la memoria se necesita: 1.º La imagen impresa del objeto,

excitación con que reaccionó por primera vez a la impresión del estimulante. Esta disposición, que adquiere la substancia nerviosa, podría ser debida a un cambio en la disposición molecular de la célula o de la fibra, cambio que originó la onda nerviosa y que deja a las moléculas del elemento fisiológico en estado de menor resistencia para el paso de una onda nueva. Cf. Wundt, *Principios de Psicología*, 3 Vol. II, p. 232; Mercier, *Psicología*, 7 Vol. I, pág. 252; Domet de Vorges, *Loc cit.*; Henri Joli, *Psicología comparada. El hombre y el animal*, p. 53. Maury, *El sueño y los ensueños*, p. 224.

(1) Si alguno dijera que la huella mnésica es efecto no sólo de la imagen impresa, sino también de la sensación, no disputaría con él. Sólo advertiría que la sensación tiene su recuerdo, distinto del recuerdo del objeto, cosa que no pocos psicólogos parecen olvidar.

(2) Una comprobación de la existencia de imágenes olfativas nos la podría dar el sorprendente caso que nos ha transmitido el Padre Hervás, quien lo oyó del misionero Padre Antonio Tornos. Había en el colegio de Jesuitas de Manila «un indio sastre, que oliendo la ropa blanca después de haber sido lavada, conocía de quién era, y sin observar el número con que estaba señalada, la ponía en sus respectivos cajones sin errar. (Op. cit. trat. IV, cap. III.)

conservada en forma de residuo mnésico, disposición latente, o como sea; 2.º mirada del alma a dicha imagen; mirada que, como dijimos de la sensación, es un misterio, cruz y tormento de los psicólogos.

De estas dos condiciones, o mejor, concausas, la primera es, como se ve, la más importante: si tengo la imagen, es posible que la vea, si no la tengo, no la puedo ver de ninguna manera. Pues bien, lo que en la memoria es lo más importante, lo único al parecer que no está en nuestra mano, eso digo yo que lo tenemos *siempre*. O en términos científicos: requiriendo la memoria tres condiciones esenciales que son: fijación de las imágenes, conservación, y reproducción, digo que sea lo que fuere de la última, y suponiendo la primera, la conservación es constante y perpetua. Una vez fijadas las imágenes, quedan cuidadosamente guardadas en el seno de la memoria esperando que el alma vuelva a ellas su fecunda mirada, para germinar, risueña como un lirio, o triste como una pasionaria, la vaporosa flor del recuerdo.

Y aquí torno a preguntar: ¿qué razón hay para que no se conserven perpetuamente? Supuesto que no sean instantáneas, ni se destruyan luego que el alma, acabada la sensación, deja de mirarlas, ¿por qué han de durar un minuto más bien que una hora? ¿O una hora más bien que un año, o diez, o cincuenta? Mi nombre es Arturo — me dice nuestro amigo; y pasados unos instantes vuelvo a él los ojos y pienso: se llama Arturo. Después de una hora le encuentro y digo: es Arturo. Al día siguiente me saluda en la calle y le devuelvo el saludo: adiós, Arturo. Pasa una semana y me preguntan cómo se llama aquel Señor, y contesto: se llama Arturo. Todavía no he olvidado su nombre. ¿Por qué al día siguiente, o al otro, o al otro lo he de olvidar? Aquel conocimiento se ha incorporado a mi alma, forma ya, en cierta manera, parte de mi ser, es un constitutivo de mi yo experimental, ha entrado en la corriente de mi conciencia, ¿qué razón hay para que salga, para que me abandone, para que se desprenda de mí, para que se aniquile? No dudo de que más de un Psicólogo tendrá a punto no una, sino varias razones y *congruencias* para probar que pueden y deben aniquilarse las imágenes-recuerdos; pero tampoco dudo que esas razones no serán suficientes para engendrar una certeza propiamente dicha. De unas cosas nos acordamos siempre, ¿por qué no hemos de poder acordarnos de todas? ¿Por qué algunas son muy insignificantes? Pero es el caso que aun de algunas de esas nos acordamos toda la vida; fuera de que las imágenes son todas de igual naturaleza. Más todavía: como quiera

que un objeto suscita en nosotros varias imágenes, ¿no es muy probable que por lo menos alguna de ellas se salve si las otras naufragan en el mar del olvido? Así, al oír yo: *Arturo*, además de la imagen auditiva correspondiente a la sensación de los sonidos *Ar-tu-ro*, se me representará muy probablemente, si sé leer, otra imagen visual formada con los signos de aquellos sonidos: *Arturo*; y si además pronuncio la palabra (lo cual será casi imposible que no haga con un movimiento imperceptible de los órganos de fonación), tendré una imagen más, y aun quizá dos: una táctil, formada por las sensaciones táctiles que se producen al pronunciar la palabra dicha, y otra motriz o cinestésica (1) formada por los movimientos de los órganos bucales. ¿No se salvará de la ruina ninguna de tantas imágenes y de otras de que prescindimos?

Tenemos, pues, que *a priori* más bien parece que las imágenes-recuerdos han de durar perpetuamente. Ahora veamos cómo lo que la razón vislumbra como posible, la experiencia lo muestra muy verosímilmente realizado. Para ello iremos recorriendo varios estados psicológicos del hombre, comenzando de los normales y ordinarios, subiendo por los insólitos y extrafisiológicos, hasta llegar a los anormales y patológicos. En todos estos casos argüiremos de la misma manera: veremos que cosas que parecían *evidentemente olvidadas del todo*, no lo estaban; de donde concluiremos: tampoco lo están, muy probablemente, las que no recordamos, puesto que la misma razón asiste a las unas que a las otras.

Y primeramente tomemos al *hombre sano y despierto*. Estoy hablando con un amigo de la infancia, de cuya dulcísima compañía me ha privado una ausencia de muchos años. Después de las primeras efusiones se entabla el siguiente diálogo:

—¿Te acuerdas de aquella divertidísima jira campestre que tuvimos tal día?

Mi amigo, que—dicho sea sin pasión—es un hombre de excelente memoria, frunce el entrecejo, medita unos momentos, y por fin responde: no me acuerdo.

(1) Hay gran contienda actualmente entre los psicólogos sobre si el movimiento de nuestros miembros es o no objeto de una sensación especial que llaman *cinestésica* (*cinesis*—movimiento, *aísthesis*—sensación), distinta modalmente, como dicen ahora, es decir, específicamente de las cinco sensaciones conocidas. Psicólogos tan distinguidos como James, Bergson, Renouvier, Barbier, etc., defienden la parte afirmativa. Pero lo más probable parece que dicha sensación cinestésica con su imagen correspondiente es inferida de las sensaciones táctiles y musculares que provoca el movimiento de los miembros.

—¿Cómo que no? ¿No te acuerdas que la tuvimos aquel mismo día de tu tesis doctoral?

—No... no me acuerdo...

—¡Si no puede ser! ¡Si fué un día de tantos recuerdos!... Allí estaba Fulano y Mengano... nos pasaron tales peripecias... en tal parte...

El bueno de mi amigo me escucha con el alma puesta en los oídos, y después de reconcentrarse y hacer todos los esfuerzos posibles de evocación, me dice:

—Mira, chico, estarás equivocado; porque yo te aseguro que jamás me he visto en tales andanzas.

Yo, que creo imposible un tal olvido, casi me desespero, y con toda mi natural elocuencia le disparo una serie continua de circunstancias de aquel día, y al recordarle una, tal vez baladí,—¡calla, hombre!—me interrumpe, dándose al mismo tiempo una palmada en la frente. Si, ¡claro que me acuerdo! Fué un día que...—y tomando la palabra por su cuenta me refiere de aquella gira más pormenores aún que los que yo recordaba (1).

Escenas como estas ¿no son frecuentes en la vida? Ni es necesario que se trate de acontecimientos importantes. Una menudencia insignificante puede ser recordada por el mismo procedimiento. La imagen-recuerdo está allí, en «el tesoro de la memoria», pero arrinconada como trasto viejo. Apartad aquel mueble que tiene delante, quiero decir, suscitad una idea que esté enlazada con ella, y aparecerá, como sale del fondo de la frutera una cereza invisible, al tomar otra con la que aquélla estaba enlazada.

Esto es precisamente lo que acontece en algunos casos notables de *hipermnesia* (recordación extraordinaria). Una mujer, al entrar por primera vez, según creía, en una habitación, experimentó el vago recuerdo de haber visto allí mismo en un lecho a una señora que llorando la abrazaba. Efectivamente era su madre, que conducida por enferma a una casa de campo hizo venir a sí a su hijita, que aún no había salido de la infancia. Del mismo modo un sujeto, dotado de temperamento artista, que al acercarse a un castillo para él desconocido, tuvo el sentimiento de haber estado en aquel paraje y visto varias escenas que le parecía recordar con toda viveza, supo de su madre, a quien contó lo que le pasaba, que a la edad de *seis meses*

(1) Admirablemente ha descrito este despertar de recuerdos antiguos, Hervás, en el lugar ya citado.

había sido llevado a aquel castillo, donde se habían desarrollado las escenas que él recordada. ¿Quién hubiera sospechado que las imágenes rememorativas, fijadas en edad tan tierna y semiconsciente, se conservaban tan enteras y limpias después de tantísimos años?

Inmensamente más notables son las hipermnesias de aquellos que a consecuencia de un desgraciado accidente, se han visto, como otros Jonases, en las fauces de la muerte. Las *hipermnesias de los ahogados*, cuando comienza la asfixia, son conocidas de todo el mundo. Winlow nos ha conservado el testimonio de un ahogado vuelto a la vida, el cual contaba que le había parecido contemplar su vida pasada desarrollándose en sucesión retrógrada, no como un simple bosquejo, sino con pormenores exactos, formando un panorama de su existencia entera, en el que cada acto iba acompañado de un remordimiento o de una satisfacción. Otro sujeto, alcanzado por el tren, no tuvo tiempo más que para tenderse entre los dos rieles. Mientras el «monstruo sin alas» pasaba bramando por encima del infeliz, todos los incidentes de su vida se le presentaron a la memoria, «como si el libro del Juicio—*in quo totum continetur!*—hubiera sido abierto delante de sus ojos». (1) Tan extraño fenómeno es debido sin duda al aturdimiento sumo de las facultades anímicas, y a la honda conmoción cerebral que en momentos tan críticos y terribles se deben experimentar. En efecto, llega un momento en que el alma no atiende a nada en particular, y puede por consiguiente contemplar todas las imágenes que, amontonadas en el almacén de la memoria, saltan en todas direcciones al recibir la tremenda sacudida. Es como un despertar de *toda* la personalidad psicológica, que próxima a disociarse y perecer, se recoge y concentra para darse a sí misma la última mirada y el último adiós.

También es cosa que ha llamado la atención de los que asisten a los moribundos, la *reviviscencia de lenguas olvidadas* que en aquella hora se realiza. El doctor Rush nos habla de muchos emigrados que después de cincuenta o sesenta años de no haber hablado su lengua materna, y cuando sanos les hubiera sido imposible decir en ella una sola frase, a la hora de la muerte sólo hablaban la lengua de su niñez.

Veamos ahora si el hombre dormido podrá darnos algunas pruebas que nos favorezcan. Precisamente una de las características de aquel estado de conciencia que llamamos *ensueño* es la hipermnesia.

(1) RIBOT, *Les maladies de la mémoire*.

¿Quién no ha vuelto a vivir en sueños su niñez? Los que al entrar en la luz de la razón han perdido la de sus ojos, tienen, aun en su vejez, sueños *visuales* y de colores, lo cual sería imposible sin la conservación pertinaz de los residuos mnésicos de su infancia. Las apariciones súbitas e inesperadas de recuerdos antiguos sepultados en el olvido, son también frecuentes en la vida onírica, pero se realizan automáticamente, y de una manera graciosa unas veces, y con apariencias maravillosas otras. Un sujeto vió en sueños una señora que le pareció conocida. Despertóse, y después de pasar revista a sus recuerdos femeninos, se persuadió de que eran juegos de la imaginación. Durmióse y otra vez le apareció la misma señora. Sí que la conozco—se dijo—y volvió a despertar. Otros momentos de reflexión y otro desengaño. «Los sueños, sueños son» — murmuró entre dientes — y se reclinó de nuevo en los brazos de Morfeo. Mas he aquí que la *aparición* se presenta nuevamente como si se hubiera propuesto burlarse del pobre durmiente, y turbar su apacible sueño. ¿Cómo digo que no la conozco? Yo he conocido a esa mujer—dijo resueltamente. Y para salir de dudas de una vez, tomó el mejor partido que podía tomar: diríjese a la misma y le dice: perdone usted, señora, mi indiscreción. ¿He tenido yo el honor de tratar con usted alguna vez? Sí,—le responde—tal año, en tales baños. Despertóse luego y recordó que realmente tal año y en tales baños, había conocido a la famosísima señora. A muchas consideraciones da pie este caso (v. g. a la de aquella singular *duplicación de la personalidad*, en virtud de la cual nuestro hombre se revelaba a sí mismo lo que él ignoraba), pero fijando la atención en lo que hace a nuestro propósito, vemos cómo un hecho, al parecer, olvidado, estaba tan arraigado en la memoria que podía con tanta obstinación presentarse al alma que se hacía *la sueca*.

¿Quiére el lector ver lo maravilloso dar realce a los entretenimientos de la imaginación onírica? Una niña pierde un cuchillito, y lo busca mucho tiempo en vano. Cierta noche se le aparece en sueños un hermanito muerto, y tomándola de la mano la conduce al sitio donde estaba el cuchillo. Allí lo encontró el día siguiente. Brockelbank perdió también un cortaplumas. Al cabo de seis meses sueña que lo ve en el bolsillo de unos pantalones arrinconados. Se levanta y lo encuentra allí mismo.

A la hipermnesia onírica se deben también principalmente lo que podríamos llamar sueños intelectuales. A Delboeuf el sueño le revela el nombre «*asplenium ruta muralis*» que, escrito de su mano en

una colección de plantas, había enteramente olvidado. Condillac compuso durmiendo una buena parte de su *Cours d'études*; Franklin reconoce haber tenido en sus sueños revelaciones científicas; y por acabar, Voltaire rehizo soñando uno de los cantos de su *Henriada*. «He dicho—escribe—en sueños, cosas que apenas habría dicho despierto». ¡Y cuidado que digo cosas *con los ojos bien abiertos*! (1)

Mas lo que prueba poderosamente la memoria del ensueño es la reaparición en este estado de sensaciones y actos insignificantes que parece no han dejado rastro en la conciencia, y de hecho nunca son recordados durante la vigilia. Rostros vistos de pasada y distraidamente, se presentan en sueños precisos y delineados. Y lo que más es, en el sueño recordamos *lo que nunca hemos sabido*, hablo de los *actos subconscientes*. Absorbido en un trabajo, pasa junto a mí una persona de cuya fisonomía no me doy la más mínima cuenta. Pero su imagen se ha reflejado en mi retina y se ha depositado en el cerebro. El alma que tiene vueltos sus ojos a otras cosas, no la mira. Más durante el sueño comienza el desfile automático de las imágenes, pasa la que entró por la puerta falsa, y el alma, al verla, o la reconoce vagamente, o se maravilla no sabiendo por dónde ha entrado. De esta manera Maury ve en sueños a un señor «con corbata blanca, sombrero de anchas alas, de aspecto anglo-americano». Un estudiante (francés) que había de dar examen de literatura patria, empleó parte de la noche anterior leyendo a Racine y Molière. Por la mañana se sorprendió a sí mismo recitando ocho versos que no tenían sentido completo. Muy maravillado—porque no sólo no recordaba haber aprendido jamás aquellos versos, pero ni aun haberlos leído,—y sospechando la causa del fenómeno, comenzó a hojear los libros leídos la noche inmediata, y vió al final de una página *sus* ocho versos. Ahora bien, él habría jurado que no había leído tales versos. Es cierto, no los había leído, pero los había *visto* tal vez un segundo, y no tuvieron necesidad de más las imágenes para fijarse, y aun reproducirse tan felizmente.

Mirando la medalla por el reverso, veremos, a su vez, que durante la vigilia son recordados sueños que nunca sospechamos haber tenido. Algunos creen que no sueñan, pero éstos «afirman más de lo que

(1) Sucesos como éstos no son raros. De Laplace, Kruger, Meignan, Reimhold, Tartini, Burdach, etc., se cuenta que durante el sueño resolvían difíciles problemas de matemáticas, o componían piezas de música. De un sujeto sé yo que habiendo trabajado en vano mucho tiempo para hacer unos versos latinos, soñando los hizo, y despierto los escribió, sin tener que corregir nada.

saben» (1). Se preguntan los psicólogos si hay sueño sin ensueños. Plinio habla de un pueblo que no soñaba jamás porque no comía carne; pero esto son *cosas de Plinio*; los vegetarianos sueñan como los que no lo son. Yo creo que todos soñamos (¡en el sentido *propio* de la palabra!—y también en el metafórico...), y no poco, sino toda la noche, si exceptuamos, tal vez, el intervalo de sueño profundo (alrededor de la primera hora de sueño). Todas las experiencias inducen a defender esta tesis. Junto a uno sumergido en profundo sueño pronúnciase militarmente la voz de ¡marchen! Esta palabra es oída subconscientemente y provoca un ensueño. Pasados unos momentos (basta un segundo) despiertan al durmiente: — ¿Soñaba usted?— No,—contesta—y esta negativa es mantenida constantemente. ¿No se puede asegurar que el sueño ha sido olvidado?—¿No soñó usted de soldados...?—Ah! sí, soñaba que era soldado y estaba haciendo la *instrucción*. (2)

Finalmente, en el sueño se pueden encontrar los recuerdos de otros sueños olvidados en el intermedio. Así Mme. Rachilde continúa todas las noches un ensueño, como los números de un folletín. En una palabra: aun aquellos estados de conciencia que por lo débiles u otras causas parece no se habían de fijar, no sólo se fijan, sino se conservan, y, cuando ya se los cree reducidos a la nada, brotan lozanos y vigorosos. Todo lo cual se ve más manifiestamente en los estados psicológicos más o menos anormales, pero el estudio y examen de éstos, si le parece al lector, los dejaremos para el número siguiente.

PERFECTO CUCART, S. J.

(1) PEILLAUBE, *Les images*, pág. 360.

(2) Cf. A. MAURY, *Le sommeil et les rêves*. VASCHIDE, *Sommeil et rêves*.